

Coraje

Cuesta es un enemigo implacable de Castro

Por JOHN DÖRSCHNER
Redactor de El Miami Herald

Día de mudada para Tony Cuesta: la sala de su apartamento en Hialeah está vacía, a excepción de una silla de tijera hecha de aluminio, una lata de picadura para pipa No. 79 y un traje oscuro, el que usa para los funerales y las reuniones con secretarios de Estado. El perchero del traje ha sido enganchado en un agujero de dos pulgadas que hay en la pared. Hay otro agujero un poco más abajo.

"Ahí fue donde chocaron las balas", indica Cuesta con tono indiferente. Pocos días antes, dos intrusos habían disparado contra su guardaespaldas mientras Cuesta, ciego y con una mano

amputada, permanecía paralizado contra la pared. Con un revólver .357 de cañón intercambiable en la mano. "Fue", explica con reserva, "un momento muy difícil".

Material para un melodrama. O más exactamente, otro episodio de una vida constantemente melodramática. La serie de televisión *That's Incredible* lo filmó recientemente para un programa próximo, pero preocupándose solamente de cómo un ciego había diseñado y construido una embarcación. Para Antonio Cuesta Valle, esto apenas vale la pena de ser mencionado. Cuesta fue sucesivamente próspero negociante en



KEITH GRAHAM/El Miami Herald

Continúa en la página 6

Cuesta, sentado, prueba su barco en la bahía de Biscayne

Regresó de naufragio y volvió al combate

VIENE DE LA PAGINA 1

Cuba, teniente rebelde en las montañas junto a Ernesto (Ché) Guevara, jefe de inteligencia en la Policía Nacional Cubana y comando anticastrista que realizó 33 incursiones clandestinas a Cuba. Uno de los viajes lo situó en los titulares en todos los Estados Unidos. El último le costó la vista, la mano izquierda y 12 años en las cárceles cubanas. Cuando regresó a Miami hace tres años, volvió una vez más a ser dirigente del movimiento anticastrista y calificó de "traidores" a todos los cubanos de Miami que viajaban a su patria a visitar a sus parientes. Sin embargo, por complicados motivos, pasó a ser uno de los organizadores de la flotilla del Mariel, donde se le pidió que firmase un documento apoyando la cooperación de los exiliados con el régimen castrista. Cosa sorprendente, Cuesta opina que su negativa dio lugar a que Castro desterrase a Miami a miles de delincuentes.

¿Es posible? Mucho de lo sucedido en el Mariel sigue sin estar claro, aunque algunas pruebas ahora disponibles sugieren que Cuesta podría estar equivocado. Pero la versión que da Cuesta de los acontecimientos no puede ser descartada, pues él es protagonista de la historia y una de las figuras centrales del movimiento anticastrista desde hace 20 años. Su vida tumultuosa y valiente ayuda a explicar en gran medida cómo Miami llegó a ser lo que es hoy.

Pero no es el pasado lo que interesa a Cuesta. Últimamente ha hablado de iniciar un nuevo movimiento que una a los grupos de exiliados cubanos en una sólida organización activista anticastrista. Para lograrlo, tendría que eliminar los conflictos internos casi perpetuos entre los exiliados e incluso entonces enfrentaría la casi imposible tarea de derrocar al gobierno revolucionario cubano, que se ha solidificado tras dos décadas en el poder.

Sin embargo, si alguien pudiera lograrlo, podría muy bien ser Cuesta. El es sin duda el menos criticado de todos los dirigentes potenciales que hay dentro de la escindida comunidad exiliada, debido probablemente a su ceguera y a sus años en prisión. Hasta los dirigentes anticastristas que Cuesta acaba no quieren denunciarlo, por lo menos no públicamente. Y es uno de los pocos dirigentes exiliados cuya devoción a la causa no puede ponerse en duda.

Pero incluso los hombres heroicos encaran problemas ordinarios: "Aún no tengo un nuevo lugar donde vivir", señala. Los muebles están siendo trasladados a un almacén.

El motivo de esto es otro melodrama. Después del tiroteo en el apartamento, el propietario demandó a Cuesta que se mudara, porque los otros inquilinos estaban asustados. Cuando los medios informativos transmitieron la noticia, cientos de cubanos inundaron las radioemisoras de habla hispana con llamadas ofreciendo dinero, lugares donde vivir, cualquier cosa que pudiera ayudar a su valiente y mutilado guerrero. Bajo presión, el propietario del actual inmueble, cubano también, se retractó y prometió ofrecerle a Cuesta un apartamento, pero ya para entonces el ex comando había decidido que no quería permanecer donde no se le quiere y además, el apartamento adolecía obviamente de seguridad.

"La seguridad", dice de pie en el centro de la habitación, "es muy importante para mí". Ciertamente, él ha puesto el apartamento lo más seguro posible. En la puerta hay dos cerrojos, una alarma operada por baterías y una mirilla. Durante meses, él y sus amigos han apertrechado el apartamento con un surtido de rifles, pistolas y escopetas. Otro ex prisionero político, Eduardo Bello, está casi siempre con él. "No lo llame guardaespalda. Eso tiene malas connotaciones. Es sencillamente un buen amigo. No le pago". Bello porta una pistola calibre .38 en su cintura y señala las marcas que se observan en el lugar.

El día del atentado, Cuesta y Bello regresaron al apartamento alrededor de las 5 P.M. "Me retiré a mi dormitorio a descansar un poco", relata Cuesta en su inglés fluido pero con acento. "Eddie estaba en la sala, escuchando música o algo así. Entonces vino y me dijo: 'oye, alguien está tratando de tumbar la puerta'".

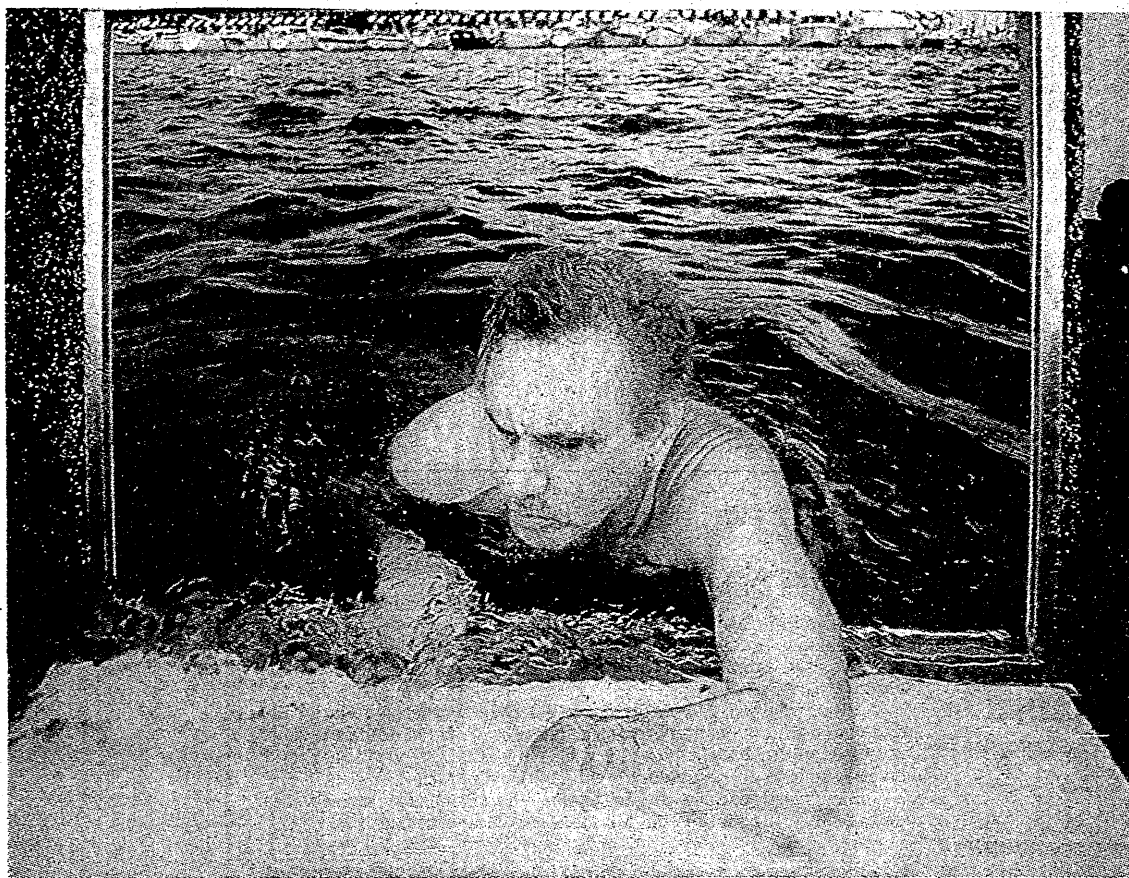
Eddie, armado con un .357, se colocó tras la puerta de la cocina. Cuesta tomó un .357 de cañón intercambiable y esperó en el pequeño corredor que conduce a los dormitorios. Parecía que alguien trataba de forzar la cerradura. "Le dije a Eddie: 'Espera que abran la puerta, y entonces dispara'".

Pero Cuesta oyó abrirse la puerta. Escuchó dos rápidos disparos. Bello se quejó. Entonces se produjo "la fuerte detonación del .357 de Eddie", seguida por los ruidos de la gente escapando. Luego el silencio.

Cuesta se mantuvo con su revólver contra la pared del corredor. "Fue", manifestó Cuesta, "un momento muy, pero muy difícil para mí, siendo ciego". Finalmente escuchó pasos. Alguien entraba a su apartamento. "No desapare", indicó Eddie. "Soy yo".

Dijo a Cuesta que los intrusos habían sido dos, un hombre rubio y un individuo "de aspecto mexicano". Bello temió que escapasen y por eso abrió la puerta de golpe, tratando de sorprenderlos. Ellos dispararon primero. Uno de los balazos falló el blanco, mientras el otro hirió a Bello en el hombro izquierdo, a tres pulgadas del corazón. Bello devolvió los disparos, pero ya los hombres se daban a la fuga. Bello no pudo saber hacia dónde fueron.

¿Qué significó el atentado?



KEITH GRAHAM/El Miami Herald

Tony Cuesta muestra cómo se entra a embarcación que diseñó

Cuesta asegura que esos dos hombres habían sido vistos con anterioridad en otros lugares, buscándolo. No opina exactamente que agentes comunistas hayan sido responsables, pero sin duda lo insinúa. No se han efectuado arrestos.

Tony Bryant, que pirateara un avión y pasó 11 años en las prisiones castristas, y que a la sazón vivía en el apartamento de Cuesta, vio aparentemente en una ocasión a esos mismos individuos en el corredor del edificio de apartamentos; y cuando Bryant se les acercó, los extraños se fueron rápidamente por una escalera. Otra vez, en un almacén de Hialeah, donde Cuesta trabaja en su bote, un viejo carpintero que construye gabinetes en el local contiguo informó que dos hombres muy parecidos se le acercaron una noche, preguntándole dónde estaba la oficina de Cuesta. Aparentemente, uno llevaba una arma escondida en un cartucho.

La noche siguiente al tiroteo, cuando Bello estaba en el hospital, Bryant se quedó en el apartamento de Hialeah con Cuesta. Mientras, las puertas delanteras y traseras de su domicilio en Liberty City fueron forzadas, sin que desapareciesen objetos de valor. Cuesta encontró eso muy extraño.

Varios días después de mudarse de su apartamento en Hialeah, Cuesta paraba en casa de un viejo amigo en La Pequeña Habana. "Aquí", manifestó con orgullo, "tenemos aire acondicionado". La unidad de pared vibraba. La habitación es diminuta, con espacio para sólo una cama individual y un pequeño catre. El catre es usado por Raúl Granada, viejo amigo suyo que pasó 14 años en las prisiones cubanas. La mesa de noche está cuidadosamente arreglada, con un teléfono, un pequeño radio y un cenicero con las dos pipas de Cuesta. Cortinas baratas se mantienen cerradas con palitos de tenderera.

Cuesta lleva puestos solamente unos shorts color café. La metralla recibida en su última y desastrosa misión puede apreciarse todavía en su hombro izquierdo. Una cicatriz vertical de seis pulgadas atraviesa el lado izquierdo de su estómago, donde le hirió uno de los fragmentos más grandes. Menos visible resulta la vieja herida de bala en su mano derecha. Tiene las canillas cubiertas de lesiones más recientes, porque se niega a usar bastón y constantemente tropieza.

Cuando habla de su vida nunca da muestras de amargura ni se lamenta de lo hecho. Algunas de las personas con las que trabajó controlan ahora el gobierno de Cuba. Algunas se han hecho ricas en Miami. Pero muchas más están muertas o en la cárcel. Incluso en esta pequeña habitación que no puede ver, Cuesta agradece las pequeñas cosas.

"En prisión se aprende a vivir sin nada. Por largo tiempo, mi única posesión fue un cepillo de dientes chino. Yo adoraba ese cepillo. Pero cuando perdí mi apartamento aquí, no me sentí mal. No estaba feliz, pero uno aprende a vivir con las altas y bajas. Si uno se siente satisfecho consigo mismo, no necesita nada más", expresó.

Tony Cuesta se crió en Santiago de Cuba. Su padre era mecánico de automóviles y luego se hizo administrador de una empresa de autobuses; su madre era maestra de escuela. Cuesta era un muchacho grande y fuerte, atleta por naturaleza. Cuando ingresó a la Universidad de La Habana media seis pies cuatro pulgadas, estatura muy alta para un cubano, y pronto se convirtió en campeón nacional de Cuba de natación estilo mariposa. Corrían los años cuarenta, cuando la Universidad era acosada por intensas rivalidades políticas que a veces derivaban en tiroteos. Fue en esa época cuando Castro se estaba haciendo de un nombre como político estudiantil, pero Cuesta, que estudiaba medicina veterinaria, solamente se mostraba interesado en la natación y la vida. Cuando vio que podía hacer buen dinero como vendedor de aparatos electrodomésticos, abandonó los estudios. En 1950, cuando se enamo-

ró y sus padres se opusieron al matrimonio, él y su novia, Cedralia, se fugaron a Miami. Durante dos años trabajó aquí, "vendiendo cualquier cosa", antes de regresar a La Habana. Las promociones fueron rápidas: vendedor, gerente general, y finalmente vicepresidente ejecutivo de una subsidiaria de la ITT. Su carrera estaba hecha.

"Pero mientras mi vida privada mejoraba, la situación de Cuba empeoraba". Resulta extraño que un hombre de negocios se involucrase en la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista, pero en su nativa Santiago, hasta el Club Rotario y el Club de Leones respaldaban a Fidel. Cuesta se unió al Movimiento 26 de Julio porque era "el mayor movimiento" y porque tenía ya amigos que pertenecían a él.

Por un tiempo, gracias a que era hombre de negocios y a que podía viajar por toda la isla sin levantar sospechas, Cuesta transportó armas y medicinas a los rebeldes alzados en las montañas. En octubre de 1958, casi es apresado por una patrulla armada de Batista y entonces huyó a incorporarse a una columna guerrillera dirigida por el Ché Guevara. Pasó tres meses con los hombres de Guevara, actuando como enlace con los grupos clandestinos en las ciudades.

A principios de 1959, tras la victoria rebelde, pasó a ser jefe de la unidad de inteligencia de la Policía Nacional. Pronto dejó al descubierto un "asunto muy delicado", que dio lugar a su primera reunión con Castro. Un hombre de negocios de República Dominicana, cuyo nombre Cuesta no quiso revelar, trajo a Cuba un mensaje del dictador dominicano Rafael Trujillo. Aparentemente, Trujillo temía que Castro lanzase un ataque contra él. En una reunión sostenida en el hotel Riviera, el hombre de negocios sugirió que Trujillo estaría dispuesto a devolver al odiado Batista (entonces en Santo Domingo), a cambio de que Castro le diera seguridad de paz. Como prueba de buena fe, Trujillo permitiría que un escuadrón comando cubano asesinase a Esteban Ventura, agente policial acusado de torturar a cientos de seguidores de Castro. El escuadrón recibiría permiso para traer un dedo de Ventura de regreso a Castro, como prueba del hecho.

Cuesta, emocionado, contó al Ché Guevara todo lo relativo al mensaje y Guevara dispuso una reunión con Castro. El comandante en jefe escuchó la explicación de Cuesta "con expresión imperturbable". Cuesta sugirió que se tomara en cuenta la oferta pero Castro simplemente contestó: "Bueno, ya discutiremos este asunto más tarde con el Ché". Al cabo de un tiempo, sin haber tenido noticias de Guevara o de Castro, Cuesta supo por la secretaria personal de Castro, Celia Sánchez, que "la Revolución Cubana jamás utilizará ese procedimiento para destruir a sus enemigos".

Cuesta, quien sabía que Castro había usado sistemas similares en el pasado, comprendió que el dirigente rebelde ya tenía planes para apoderarse de Batista y Ventura, y no quería compartirlos con él, por lo que se sintió completamente excluido de los acontecimientos.

En la primavera de 1959, tras haber sostenido una reunión en Miami con la Oficina Federal de Investigaciones (FBI) para solicitar su cooperación en asuntos criminales, Cuesta fue expulsado del gobierno. Eso no le importó. Se había unido a la Revolución porque la consideraba democrática y pro occidental. Tanto él como algunos de sus viejos compañeros del 26 de Julio se sentían preocupados, ya que miembros del Partido Comunista, que prácticamente no habían jugado papel alguno en la derrota del régimen dictatorial de Batista, habían sido colocados en posiciones claves. Los pronunciamientos democráticos desaparecieron. Las frases antinorteamericanas aumentaron. Cuesta no pensó que abandonaba la revolución. Consideró que era Castro quien desertaba los ideales del movimiento. De esta forma, jun-

tamente con su viejo amigo Sergio Sanjani, un joven activista católico llamado Manuel Artime, y otros, Cuesta ayudó a formar un grupo anticomunista bajo el nombre de Movimiento de Recuperación Revolucionaria.

Un año más tarde, en junio de 1960, Castro ordenó el arresto de los líderes del MRR y varios de sus amigos fueron arrestados. Cuesta huyó, escondiéndose primero en la provincia de Oriente y pidiendo asilo posteriormente en la embajada del Perú en La Habana. Al cabo de un tiempo, salió rumbo a Miami, donde se organizaban los esfuerzos anticastristas.

Fue la Agencia Central de Inteligencia (CIA) la que disolvió el MRR, manifestó Cuesta, tomando a Artime y a varios otros jóvenes miembros para su grupo invasor y abandonando al resto. Este hecho disgustó a Cuesta. "El MRR era el único amplio movimiento con gran cantidad de seguidores dentro de las fuerzas armadas cubanas, y de la policía y el gobierno de Cuba. Pero aparentemente, en aquella época el gobierno norteamericano temía dar mucho poder a jóvenes revolucionarios, aunque no fueran comunistas".

Cuesta se mantuvo con una fracción del MRR, que deseaba "la ayuda de Estados Unidos pero no la subordinación a Estados Unidos". El nuevo grupo, sin la cooperación de la CIA, no poseía muchos recursos. "Fueron días difíciles", recuerda Cuesta: A veces, para comer, tuvo que cazar a tiros palomas en el Bayfront Park. "No estoy exagerando. No sucedió muchos días, pero sí de vez en cuando al principio".

Eventualmente, Cuesta se reunió con otro ex miembro del movimiento 26 de Julio, Alberto Fernández, que poseía un yate de 110 pies, el Tejana III. "En aquella época", recuerda Cuesta con nostalgia, "era un embarcación maravillosa, porque Castro por entonces no contaba con ninguna patrullera rusa de alta velocidad".

A finales de 1960, la CIA comenzó a usar la lancha de Fernández para introducir secretamente toneladas de armas en Cuba y recoger a miembros clandestinos que necesitaban huir de la isla. Cuesta tenía el trabajo más difícil: abandonar el Tejana III a unas tres millas de la costa y seguir en una pequeña lancha de carreras hasta los manglares pantanosos de Cuba. A principios de 1961, Cuesta sacó de la isla al más importante de los líderes anticastristas que abandonaron el país, Humberto Sorí Marín, quien estuvo clandestinamente en Key Biscayne, manteniendo conversaciones con Manuel Artime, que se había convertido en el "niño favorito" de la CIA, acerca de la coordinación del claudetaje y la planeada invasión. Los líderes de Miami querían que Sorí Marín permaneciera aquí más tiempo, pero él manifestó: "Quiero compartir el destino de mi pueblo", y regresó a Cuba. A los pocos días, fue detenido y ejecutado.

Cuesta y el bote estaban en Cayo Hueso cuando fracasó la invasión de Bahía de Cochinos. Durante meses, el grupo esperó que la CIA organizase un nuevo intento, y Cuesta señala que los agentes decían siempre: "Esperen, esperen. Ahora sí que no vamos a fallar". Pero tras siete meses de espera, las palabras sonaban huecas.

El viejo grupo del Tejana se dispersó; algunos decidieron esperar instrucciones de la CIA, otros se alejaron y hubo los que decidieron: "Si no podemos luchar con el apoyo de Estados Unidos, necesitaremos seguir luchando por nuestra cuenta". Cuesta fue uno de los que continuó luchando.

Pero los esperanzados comandos no tenían dinero. Cuesta tuvo que buscar trabajo fabricando carruseles en miniatura. Luego trabajó como mecánico en un almacén de carnes. Todo el efectivo que le quedaba, juntamente con el de los otros en el grupo, era dedicado a la causa, hasta que pudieron comprar "una

embarcación muy, muy pequeña", de unos 20 pies de eslora. Eventualmente, supieron que existía un grupo de empresarios cubanos en Puerto Rico que se hacía llamar Alpha 66 y que estaba recaudando dinero y buscando a un grupo comando, para llevar a cabo incursiones secretas en Cuba. El grupo debía supuestamente mantenerse alejado de la política. "Existían demasiadas organizaciones", explicó Cuesta, "que hablaban de política. Primero necesitábamos destruir al enemigo. La política vendría luego".

El dinero de Alpha 66 ayudó a comprar dos motores Mercury fuera de borda de 85 caballos de fuerza y una ametralladora calibre .50. En su primera incursión, cañoneó un carguero cubano y ametralló a un buque británico que estaba en un puerto de la costa norte de Cuba.

Durante las incursiones comando, Cuesta no confiaba mucho en las pistolas; se oxidaban fácilmente con las salpicaduras del mar y con el movimiento del bote no resultaban precisas. "Así que solamente llevaba una bolsa con seis granadas de mano. Desde el comienzo, me aficioné a usar granadas de mano".

El 10 de septiembre de 1962, Cuesta y su pequeño bote de carreras entraron a una bahía en la zona centro norte de Cuba, donde su objetivo era destruir una antigua embarcación llamada Libertad, que era utilizada para bombardear melaza de tierra firme hasta los barcos que esperaban mar afuera.

Durante la noche, Cuesta se aproximó a la estación de bombeo. Lanzaron explosivos por un ojo de buey y como cosa adicional, ametrallaron un carguero fondeado en la bahía. El carguero resultó ser el New Lane, un barco británico, y la acción provocó una serie de quejas de Londres a Washington. Cuesta no se inmutó: consideraba que su deber como comando era causar daños a la economía cubana y eso suponía detener a cualquiera que estuviera comerciando con el "enemigo".

Pocas semanas más tarde, durante la crisis cubana de los cohetes, Cuesta volvió a salir rumbo a Cuba, esta vez con 13 hombres en dos embarcaciones. Su intención era cañonear barcos cargados de azúcar, pero su guía se equivocó y las lanchas chocaron contra los arrecifes y se hundieron. Cuesta y sus hombres quedaron atrapados en Cuba.

Durante cerca de dos semanas, el grupo fue trasladándose de un cayo a otro por la costa norte de Cuba, escondiéndose en los manglares y alimentándose de cangrejos. Finalmente, Cuesta decidió correr el riesgo de buscar ayuda.

Con varios hombres, se dirigió a otro cayo en el que encontraron un bohío campesino. En la pared vieron un cuadro de la patrona de Cuba, la Virgen de la Caridad. Obviamente, la familia no era comunista. Un anciano estaba dentro.

Cuesta se detuvo a la entrada, vistiendo solamente lo que llevaba puesto en el momento del naufragio: una camiseta húmeda y un calzoncillo largo. Llevaba una pistola en su mano.

"Tengo que ser muy franco con usted", dijo al viejo. "Vengo de fuera de Cuba".

El anciano lo ayudó gustoso. Dio alimentos a Cuesta y a sus hombres y les dijo dónde podrían encontrar un bote de vela, aunque lo tenían custodiado dos milicianos.

Los guardias, relata Cuesta en forma esquiva, "desaparecieron. Ya no pueden hablar. Tengo que explicar algo importante para un comando. Hay que cortar el vientre o de lo contrario se llena de gases y luego el cuerpo sale a flote. Al cortar el vientre, se hunde y jamás sale a flote".

Con la embarcación de 24 pies, regresaron en busca de los otros y tomaron rumbo norte. El mar estaba embravecido y frío. Primero se rompió el timón y luego el mástil, y estuvieron tres días a la deriva. Entonces, el destino (Cuesta opina que la voluntad divina), quiso que el viento cambiase y los llevase a Cayo Sol, en las Bahamas.

Cuando Cuesta regresó a Miami, se enteró de que el vocero de Alpha 66 Antonio Veciana, "sin autorización alguna", había hecho un pacto con dos dirigentes exiliados: José Miró Cardona, que había sido primer ministro de Castro, y Eloy Gutiérrez Menoyo, combatiente anticastrista que había encabezado otro grupo. Se habían unido porque durante la crisis de los cohetes, habían pensado que Estados Unidos iba a invadir a Cuba y deseaban estar preparados con un gobierno provisional.

Cuesta protestó cuando se enteró de lo sucedido: Alpha 66 se había convertido en un organismo político, lo cual no debía de haber sucedido. Cuesta y otros explosaron a Veciana de la filial de Miami, anulando lo acordado, pero entonces decidieron no entrar en discusiones, porque los exiliados de Miami ya estaban perdiendo demasiado tiempo en conflictos internos. En una información publicada, Cuesta y su grupo anunciaron en tono rimbombante que en relación con lo ocurrido con Alpha 66, "optamos voluntariamente por el silencio". Los hombres de Cuesta formaron un nuevo grupo: Comandos L (por Libertad), organización estrictamente apolítica dedicada a luchar contra el gobierno de Castro.

Una vez más tuvo Cuesta que volver a empezar, sin embarcaciones, sin armas, sin dinero. Regresó a su oficina de soldador, al tiempo que hacía colectas. Al cabo de varios meses, recibió un aviso de Frank McGee, del noticiero televisivo de la NBC.

La red de emisoras quería filmar un ataque comando de principio a fin. No

Torpedo 'casero' hundió buque soviético

VIENE DE LA PAGINA 6

ofreció dinero pero Cuesta consideró que "sería una magnífica forma de comenzar Comandos L, por televisión de costa a costa".

Cuesta afirma que McGee filmó varias entrevistas con él y fotografió a muchachas en la calle que hacían recaudaciones para Comandos L. La nueva embarcación tenía 24 pies de eslora y el casco estaba hecho de fibra de vidrio reforzada. En la misma colocó dos poderosos motores Chrysler. Todos le dijeron que estaba loco, al poner unos motores tan poderosos en una embarcación tan pequeña, pero con los mismos, "podría lograr una velocidad de 60 nudos".

"Tragaba gasolina como un dragón", recuerda con satisfacción, refiriéndose al hecho de que había tantos tanques de combustible a bordo que la embarcación era una "bomba flotante". En la popa colocó una ametralladora finlandesa de 20 milímetros.

Su plan era colocar 75 libras de explosivos plásticos en un "torpedo", lo cual de hecho era un bote pequeño al que añadió un motor externo de 3 caballos de fuerza.

Andrew St. George, fotógrafo y escritor, fue a filmar las escenas para NBC y la revista Life. Pero cuando el buque madre llegó a Cayo Sol en las Bahamas, Cuesta se dio cuenta de que el "torpedo" no funcionaba. El pequeño motor externo se negó a andar. "Para entonces", explica Cuesta, "yo era un mecánico bastante bueno, pero no lo pude arreglar".

El fotógrafo "me preguntó: 'Tony, ¿qué vas a hacer ahora?'".

"Y yo le respondí, sencillamente: 'No vamos a regresar a Miami a decirle a nuestros simpatizantes que todo fue cancelado, por el solo hecho de que un motor fuera de borda no funcionó. Voy a llevar los explosivos y los voy a colocar en el bote'".

"Pero ¿de qué manera?", repuso él. "Yo le respondí: 'Con mis manos. Con mis manos solamente'".

St. George creyó que eso era una locura. Se negó a ir en el último viaje.

Cuesta reajustó los explosivos, usando dos fusibles y linternas automáticas, "trucos viejos de la CIA", que un amigo cubano le había proporcionado.

La noche del 27 de marzo de 1963, la pequeña y veloz embarcación de Cuesta se acercó al puerto de Caibarién. Una fragata de la marina cubana estaba allí, y Cuesta vio su señal parpadeando a otros barcos. Cuesta supuso que el radar había descubierto su presencia.

"Bueno", dijo a su tripulación, "lo único que tenemos a nuestro favor es que ellos esperan que nosotros entremos silenciosamente. Vamos a entrar estrepitosamente. Y seguidamente ordené a Ramón Font, mi segundo al mando, que comenzara a usar la ametralladora de 20 milímetros".

La veloz embarcación entró rugiendo en la bahía y se dirigió al carguero más grande. Cuando estaban a unos pies del barco, Font tiró los explosivos, atados a un ancla. Cuesta salió a toda velocidad. La explosión produjo "un géiser de agua muy oscura", seguido del hundimiento del barco, que se asentó en el fondo de 10 pies.

Cuando llegaron a Cayo Sol, Cuesta envió por radio a Miami un mensaje en clave: "Agarramos uno grande". Y seguidamente, explica, una voz muy potente le respondió en español, evidentemente transmitido desde cerca: "¡Felicidades! ¡Magnífico!".

Los cristales para la frecuencia de radio habían sido obtenidos en Canadá y se suponía que eran secretos. Cuesta asumió que la CIA había averiguado los planes de "alguna forma y que habían sido cubanos empleados por la CIA los que le habían gritado sus felicitaciones. De hecho, el fotógrafo, St. George, había estado en contacto con la CIA por mucho tiempo. Cuesta cree ahora que es probable que tanto fuentes de NBC como de Life hubiesen mantenido a Washington informado de sus actividades.

Pero había una cosa que no sabían ni Cuesta ni la CIA, de la cual se enteraron al regresar a Miami. El barco atacado en la oscuridad había sido un carguero ruso, el Baku, hundido con 10,000 sacos de azúcar. "¡Magnífico!", gritó Cuesta. Pronto Comandos L presumía de haber sido el primer grupo en hundir una nave rusa, desde la Segunda Guerra Mundial.

Fue sólo después, señaló Cuesta, que se dio cuenta de que "no había sido muy bueno que hubiese sido un barco ruso".

El ataque provocó titulares desde Chicago hasta Boston. La agencia rusa de noticias Tass imprimió en Moscú un artículo en el que se citaba al capitán ruso, diciendo que había sido atacado por un barco "muy grande". La revista Life publicó un artículo de 12 páginas, que St. George escribió como si hubiese sido testigo ocular del suceso, cuando de hecho se había quedado en las Bahamas.

La reacción fue inmediata y severa. Moscú se quejó acerbamente por vía diplomática y Washington tomó medidas energéticas contra la comunidad de Miami. Menos de tres días después del ataque, las autoridades federales informaron a docenas de líderes exiliados cubanos que no podían abandonar los límites del condado de Dade. El Servicio Guardacostas anunció un aumento del 20 por ciento en sus fuerzas, a fin de "dar todos los pasos que sean necesarios para obstaculizar los ataques de refugiados anticomunistas contra Cuba".

El Departamento de Estado persuadió a NBC de que no mostrara sus películas de Comandos L, las cuales habrían revelado sin lugar a dudas que el ataque había sido organizado en Miami. La embarcación de Cuesta fue confiscada y el FBI le informó que sería arrestado si

salía del condado.

De hecho, todos los anuncios de Washington eran pura hipocresía. La CIA, en esos precisos momentos, organizaba una enorme operación secreta en Miami. Según un libro recientemente publicado, *The Fish is Red*, la agencia tenía empleadas aquí a 600 personas en jornada completa, un presupuesto anual de \$500,000,000, y varios miles de cubanos contratados.

El 3 de abril, menos de una semana después del ataque al Baku, Bradley Earl Ayers, capitán del ejército asignado a la CIA, llegó aquí para comenzar a entrenar comandos cubanos. Tal como Ayers describe en su libro, el esfuerzo de la CIA era deplorablemente inepto: los oficiales de la CIA se negaban a abandonar sus oficinas con aire acondicionado para inspeccionar a los comandos a sus órdenes, los objetivos eran seleccionados o rechazados por Washington sin tomar en cuenta los problemas sobre el terreno y había cubanos empleados que no eran comandos ideales. De hecho, Ayers escribió más tarde en un libro, *The War That Never Was*, que el único grupo que entrenó que parecía ser de calidad superior, tiene mucha similitud con el de Cuesta:

"Físicamente, eran mucho más fornidos que la mayoría de los exiliados con los que yo había trabajado [debido, en no pequeña parte, al hecho de que nunca antes habían trabajado directamente para la CIA y por lo tanto se habían perdido la abundante comida y la vida fácil que se canalizaba a los voluntarios cubanos]. Los hombres estaban acostumbrados a usar equipos caseros y a vivir austeramente; durante casi un año habían trabajado a través de uno de los muchos grupos políticos exiliados en Miami, entrenándose y realizando ataques contra Castro por cuenta propia".

Pero la CIA deseaba controlar lo que llegó a conocerse como "la guerra secreta", todos los ataques contra Castro. Especialmente, querían impedir que atacantes por cuenta propia se lanzaran a hundir barcos rusos y crear incidentes internacionales. Durante los tres años siguientes, Cuesta fue acosado por las autoridades norteamericanas. Había agentes estacionados frente a su casa de noche, que lo seguían a todas partes. Sus embarcaciones, cada una de las cuales costaba por lo menos \$20,000 y meses de trabajo, eran confiscadas periódicamente. Una casa llena de explosivos en Hialeah fue registrada. Todo esto apareció en artículos noticiosos de The Miami Herald.

Mientras tanto, lo que no apareció fue que los agentes de la CIA le rogaban a Cuesta que se uniera a ellos. Sabían que no tenía dinero, que estaba pagando \$250 por un M3 en bolsa negra, que costaba al gobierno de Estados Unidos la décima parte. Cuesta estaba más que dispuesto a aceptar el dinero de la CIA, pero deseaba atacar cuando y lo que él quisiese, y la agencia "deseaba controlarlo todo".

Comandos L se unió en cambio a varios otros grupos que trabajaban en forma independiente de la CIA: RECE, encabezado por Jorge Más Canosa, y el Movimiento de Recuperación Insurreccional Revolucionaria, encabezado por Orlando Bosch. En octubre de 1963, los grupos sostuvieron una entrevista de prensa y atacaron a la CIA por continuar sus propias actividades, mientras ocupaban cuatro embarcaciones de Comandos L. Bosch reprochó a la CIA por "distraer, engañar e inclusive corromper alevemente el movimiento anticomunista". El grupo dio a conocer la ubicación de las embarcaciones de la CIA e identificó a los Comandos Mambises como un grupo de la CIA.

Finalmente, Cuesta concluyó "un acuerdo de caballeros" con Washington. Las autoridades devolvieron siete de las embarcaciones confiscadas a Cuesta, a cambio de que se sacaran del país. Cuesta estableció una base en República Dominicana y la compartió con Bosch. Bosch quería mantener sus actividades en Miami y Cuesta se opuso a cualquier

ataque contra objetivos comunistas dentro de Estados Unidos. (Posteriormente Bosch fue acusado de haber disparado una bazuca contra una embarcación polaca en el puerto de Miami y fue considerado uno de los líderes terroristas cubanos, antes de ir a parar a una cárcel de Venezuela, en relación con la bomba que destruyó un avión civil cubano y mató a más de 60 personas).

Con su base en República Dominicana, Cuesta reanudó sus ataques, pretendiendo que operaba desde allí, aunque en realidad lanzaba sus ataques desde los cayos de la Florida. En noviembre de 1965, dirigió personalmente un espectacular ataque a La Habana, utilizando dos lanchas de alta velocidad. Sus hombres atacaron una estación de policía, el hotel Riviera, una base de radar y la casa del presidente cubano Osvaldo Dorticós. Unas cuantas balas fueron a dar accidentalmente contra un acuario cercano, rompiendo aparentemente el cristal del tanque de una tortuga. La embarcación de Cuesta entró y salió sin problemas; ni siquiera fueron perseguidos. "Fue", dice con nostalgia, "una bonita acción".

Pero los tiempos cambiaban. Para 1966, la CIA había reducido sus operaciones en Miami a casi nada. Los cubanos permanecían en la nómina, pero la CIA les permitía hacer muy poco. Las fantásticas embarcaciones de la agencia — con cascos de aluminio, motores silenciosos y superveloces, soberbiamente armadas con un cañón calibre .75 de retroceso amortiguado en medio del buque, ametralladoras calibre .50 en proa y popa, y ametralladoras calibre .30 en los costados — esperaban ociosas en el río Miami.

Por esa época, una caricatura mordaz y penetrante de Don Wright fue publicada en *The Miami News*. Mostraba zarpando de Cuba a un pequeño bote de remos con una velas andrajosas, en el que viajaba una pareja con un niño, de aspecto miserable y atemorizado, y vestidos de andrajos. Hacia Cuba se dirigía a toda velocidad una pequeña embarcación con motor fuera de borda. En la proa había un hombre con sombrero y capa napoleónicas, sosteniendo una espada y mirando sin temor a la distancia, con un estandarte que leía: Comandos 205 de Cuba Libre en el Exilio. El Quijote tal vez hubiera sido un símbolo más apropiado, pero no hay molinos de viento en el mar.

En aquellos momentos, el gobierno de Castro contaba con las más rápidas y mejores embarcaciones patrulleras del mundo, suministradas por los rusos. Muchos hombres de Cuesta estaban muertos o en la cárcel. Otros se dedicaban a negocios que los harían ricos. Algunos dictaban declaraciones contra Castro en los periódicos locales pero no estaban dispuestos a arriesgar más sus vidas. Excepto Cuesta.

Otros en Comandos L querían que él no hiciese más incursiones solo. Decían que era muy valioso para que siguiera arriesgándose. Era necesario para entrenar a jóvenes. Cuesta, al parecer, accedió.

Pero otros comandos fallaron dos veces en una misión: infiltrar dos hombres en La Habana. Se escucharon muchas excusas. El tiempo era malo, muchas embarcaciones patrullaban, cualquier cosa. Cuesta sabía que cuando un comando se aproximaba a Cuba, siempre habría excusas.

En mayo de 1966, decidió llevar a cabo la misión él mismo. Los dos que pensaban infiltrarse en Cuba eran Herminio Díaz y Armando Romero. Díaz era un viejo batallador, elemento del gansterismo de los años 40 en la Universidad de La Habana, que posteriormente apoyó al Movimiento 26 de Julio de Fidel Castro antes de ir al exilio. El y Romero planeaban asesinar a Castro, y supuestamente Díaz, con sus viejos contactos del 26 de Julio, tenía buenos informes acerca de dónde Castro estaría en determinada fecha. Tenían que llegar pronto a Cuba.

Cuesta tenía una teoría: los infiltrados estarían más seguros si entraban a La

Habana misma. Fuera de la ciudad, de ser avistado un bote, las patrullas del ejército buscarían a los invasores en los pantanos y conocerían a cualquiera hallado allí que no fuese del lugar. Pero en La Habana, un infiltrado se perdería en cinco minutos en la aglomerada ciudad.

Pero a fines de mayo, cuando se suponía que los dos individuos estuviesen en La Habana, la oportunidad se presentó terrible. Dos milicianos cubanos resultaron muertos durante un incidente en la Base Naval de Estados Unidos en Guantánamo. La isla fue puesta en alerta general.

Nuevamente, Cuesta utilizó una pequeña embarcación de 25 pies, de casco de fibra de cristal reforzado a mano. Podía hacer 50 nudos. Tiempo atrás, hubiera sido más que rápido. Ni siquiera tenían una ametralladora: se había trabado en las primeras incursiones y no tenían los \$500 necesarios para reemplazarla. Hasta las granadas de mano eran de fabricación casera: las cubiertas habían sido adquiridas en tiendas de sobrantes del ejército en Miami, donde las vendían como pisapapeles, y habían sido rellenas con dinamita. El hombre que realizó el trabajo puso más explosivos de la cuenta. Esto resultó crucialmente importante. De hecho, le salvó la vida a Cuesta.

La noche del domingo 29 de mayo de 1966, Cuesta, con tres hombres y los dos que pensaban infiltrarse, se acercaron a la costa de La Habana. Eran alrededor de las 10:50 P.M. Su primer punto de desembarco, el viejo parque de diversiones Semberco, en el suburbio de Marianao, tenía muchas embarcaciones de pesca alrededor. Así que Cuesta se movió un poco más hacia el centro de la ciudad: la sección de Miramar, antaño un suburbio de clase alta. Primero alguien bajó a tierra a investigar. No vio nada.

Entonces los infiltrados se montaron en una balsa de goma. A estas alturas, según todas las reglas de las operaciones comando, Cuesta podía haberse retirado, pues su obligación había terminado. Pero decidió que si Díaz y Armando arriesgaban sus vidas, al menos él podría ayudarlos un poquito más, y envió dos hombres a tierra a darles alguna cobertura.

Eugenio Zaldivar, entonces de 20 años, fue uno de los dos que los escoltó. Dijo que tan pronto la balsa tocó tierra, los dos infiltrados desaparecieron tras las altas hierbas de una antigua estancia. Sólo necesitaban cinco minutos para alcanzar la céntrica Quinta Avenida de Miramar y perderse entre la gente.

Zaldivar recuerda haber lanzado algunos volantes de propaganda a tierra y haber colocado algunas trampas, cuando una ametralladora antiaérea de cuatro bocas abrió fuego contra la embarcación de Cuesta. Tanto él como los otros cuatro comandos se metieron en la balsa y remararon de nuevo hacia la embarcación.

Cuando llegaron a ella, Cuesta partió a toda velocidad. Muy pronto, un barco patrullero apareció en el horizonte y después, otro. En cuestión de cuatro minutos estuvieron junto a la nave de Cuesta. Con gran artillería a bordo, atraparon a la embarcación de Cuesta en un fuego cruzado. Uno de los hombres de Cuesta murió de un tiro en la cabeza. Cuesta devolvía el fuego con una escopeta recortada. Zaldivar utilizaba una pistola. Entonces el motor se incendió.

Mientras Zaldivar corría a buscar el extinguidor, Cuesta le dijo: "Déjalo quemarse, qué demonios. Por lo menos no les damos la embarcación".

Con ello, Cuesta tomó una de las granadas hechas a mano, le sacó el seguro, y la colocó a su lado. No se trataba de un intento de suicidio, explicó, no directamente; sólo trataba de que los cubanos no ocupasen la embarcación en la que tanto había trabajado.

Lo último que Cuesta vio fue un brillante resplandor rojo.

Seis días después, despertó bajo una cámara de oxígeno en el Hospital Naval. Su antebrazo izquierdo había sido amputado bajo el codo. No podía ver.

Lo que había pasado era lo siguiente: se supone que las granadas de mano estallan y hacen pedazos el metal que las cubre. Pero aparentemente, había tanta dinamita en la granada, que el metal exterior se redujo a arenilla. Esto fue lo que cegó a Cuesta pero los pedazos eran tan pequeños, que no lo habían matado.

En otra parte del hospital, sin que Cuesta lo supiera, estaba Zaldivar. Los otros dos hombres de Comandos L estaban muertos. También los infiltrados, que fueron descubiertos por un guardia cuando abandonaban los verbazales y decidieron morir tirando antes que redirse.

Granma, el órgano oficial del Partido Comunista, utilizó tres de sus ocho páginas para describir el ataque, incluyendo casi toda la primera plana. El cintillo decía: *Objetivo de la incursión pirata: atacar contra Fidel*. Debajo había cuatro subtítulos y un soldado que sacaba una escopeta del agua. Dentro había más fotos a toda página, con un anuncio del Ministerio del Interior que relacionaba el ataque con el tiroteo en Guantánamo. Las fotos mostraban las licencias de conducir de la Florida de los dos infiltrados, y el gobierno aseguraba que se trataba de una operación de la CIA. La información decía que el intento de asesinato había sido revelado por propia confesión del prisionero. Pero tanto Cuesta como Zaldivar dijeron que estuvieron inconscientes durante días y que todos los demás estaban muertos. Cuesta estima que *Granma* sencillamente supuso que había sido un ataque contra Castro, como hacía siempre que se lanzaba un ataque contra La Habana.

Durante meses, las únicas personas a

las que se permitió acercarse a Cuesta fueron comunistas comprobados. Siempre hubo un guardia en su cuarto, martillando constatemente su arma para demostrar que estaba allí. El cuerpo de Cuesta era sólo una sombra del una vez campeón de natación. Sin ayuda emocional en lo absoluto, Cuesta, que siempre se había enorgullecido de sus condiciones físicas, tuvo que ajustarse a su nuevo cuerpo baldado. "Fue duro", dice modestamente.

Y así, se concentraba en las pequeñas cosas. Cuando una enfermera lo conducía al baño, trataba de caminar erguido, con la espalda estirada, "como un soldado". "Quería demostrar que era fuerte". Sin su fe religiosa, manifestó, no hubiera podido salir adelante.

Tras meses en cama, se dijo: "Bueno, Tony, tienes una alternativa. O te quedas en cama y te lamentas de ti mismo; y te conviertes en un pedazo de basura, o te levantas". Se levantó.

Según explica, un oculista le dijo que de haberse practicado una operación inmediata, hubiera recobrado un 75 por ciento de la visión de un ojo y un 100 por ciento en el otro. Otros dos médicos lo examinaron y no dijeron nada.

Cuesta expresa que nunca pidió que se le hiciera una operación. "Si ellos hubieran operado y yo hubiera visto, entonces habrían tenido que ejecutarme". Inicialmente, el gobierno cubano demandó la pena de muerte. Luego dio marcha atrás. Cuesta y Zaldivar fueron condenados a 30 años de cárcel cada uno.

Tras largas estancias en hospitales, finalmente fue encarcelado con otros prisioneros políticos. Entonces estaba librándose una acerbata batalla en relación con los uniformes de la prisión. Las personas que accedieron al "plan de reeducación", para corregir los errores de su pasado, vestían uniforme azul con una franja. Los que rechazaron el plan, como la mayoría de los presos políticos, debían usar uniforme azul sin la raya. Pero los más dedicados anticomunistas insistían en usar el antiguo uniforme amarillo de los presos políticos, o en no usar sino ropa interior. Los guardias trataron de obligarlos a no continuar la protesta, reduciéndoles los alimentos y las visitas de los familiares.

Cuesta escogió el más moderado azul: "Quería ser plantado, pero cerca de los otros", refiriéndose a los del plan. Afirma que una de las fuerzas — tal vez la fuerza de oposición a Castro — eran los jóvenes incorporados al plan, porque habían crecido bajo el régimen comunista y sabían cómo operar en el seno del mismo, dispuestos a mentir acerca de sus supuestos errores del pasado, dispuestos a jugar el juego a fin de salir. "Teníamos", dijo Cuesta, "muchos héroes que fueron al plan. Esta juventud es la que necesitamos para darles respaldo político, ideas políticas, hacerlos los guerreros del futuro. Siendo plantado azul, uno estaba cerca de ellos. Bien, tengo que decirle, yo era muy popular entre la gente del plan. Pero después, tuve que definirme, y entonces tiré el azul y me quedé con el amarillo, porque tenía que asumir una posición más definida frente al enemigo".

Indica que en el exilio, algunas personas han dado mucha importancia a quién en las prisiones cubanas fue el más plantado, pero estima que es "una estupidez que algunas personas aquí en el exilio quieran crear división entre los prisioneros políticos". La "división fue creada por los comunistas para dividir nuestras fuerzas, ¿entiende lo que quiero decir? Pero aquí en el exilio no hay razón para hacerlo".

En dos oportunidades, el gobierno de Castro permitió a su esposa visitarlo, pero tras siete años de cárcel, "decidimos que lo mejor era divorciarnos porque... sabía que iba a estar allí el resto de mi vida". Eso "me dolió bastante, porque la quiero. Seguro. Pero hay que ser realista. Ella tiene a mi hijo, mi hijo era muy joven en aquella oportunidad y lo considero, necesitaba alguien que ocupara mi lugar, ¿sabe? Usted puede considerar eso como una de las cosas más difíciles que pasaron, porque ella era mi único contacto con el mundo exterior". Decidieron que lo mejor era romper completamente. Ella dejó de escribirle.

Sin embargo Cuesta escribía. Pero no a sus familiares. Una vez, un tío que lo visitó sacó de la cárcel subrepticamente una carta dirigida a la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas. La carta llegó a Nueva York, pero su tío pasó tres años en la cárcel por ello.

Una cosa lo mantenía esperanzado. Durante los momentos libres que había tenido antes del último ataque, había diseñado una embarcación de placer, una nave especial para pescadores submarinos, que podrían entrar y salir de la embarcación por boquetes practicados a los lados de la misma. Había pedido una patente estadounidense pero no había recibido respuesta antes de ser apresado. Fue en prisión, explica, donde un amigo le enseñó una copia de *Popular Mechanics*, donde aparecían él y su diseño en una columna titulada *Invento del Mes*.

Mientras Cuesta languidecía en la prisión del Combinado del Este, un banquero exiliado en Miami, Bernardo Benes, hacía viajes secretos a Cuba, iniciando las discusiones acerca de lo que luego se conocería por el Diálogo.

Benes dice ahora que fue él mismo quien pidió a Castro que Cuesta estuviera entre los primeros liberados, por razones "emocionales". Benes afirma que en 1965, fue presidente de un juego de pelota organizado para recaudar fondos para el último ataque comando de Cuesta, aunque el banquero ignoraba que iba a ser un intento de asesinato. (Cuesta

Continúa en la página 8



Respondiendo a preguntas en rueda de prensa

La prisión tras el desesperado encuentro

VIENE DE LA PAGINA 7

afirma que la versión de Benes es un "relato muy, muy extraño". Agrega que el juego recaudó fondos que Benes entregó a una tercera persona, quien a su vez lo entregó a Herminio Díaz, el infiltrado que planeaba asesinar a Castro. Cuesta dice estar seguro de que ni Benes ni el intermediario sabían cuál era el verdadero objetivo de Díaz).

En agosto de 1978, Cuesta y Zaldívar fueron repentinamente liberados de prisión y colocados en una "Casa de Inmigración", donde se les suministraron generosas cantidades de comida y bebida, aunque se les mantuvo rodeados de guardias del G-2. En varias oportunidades, el general Enio Leyva, quien Cuesta cree es miembro del G-2, le sugirió que escribiera una nota amistosa a Castro, para disponer una reunión conciliatoria. Cuesta lo rechazó. Sabía que algo extraño sucedía, pero no sabía qué. El gobierno cubano le ofreció incluso facilidades para abrir en Cuba una fábrica de embarcaciones. En septiembre se le anunció que le permitirían abandonar la isla. El gobierno le dijo que estaba en libertad de regresar cuando quisiera.

Y una noche, Cuesta fue llevado a conocer al banquero Benes en un hotel de La Habana. Benes le comunicó que su banco estaba siendo piqueteado por disidentes exiliados de Miami, y que no podía continuar dirigiendo esas discusiones. Quería que Cuesta lo hiciera, como líder del movimiento para liberar a todos los prisioneros políticos. Cuesta indica que evadió el asunto.

Por esa época, agregó, unos familiares le presentaron a una joven rubia, Carmen Cao Hernández. Se casó con ella casi de inmediato "por la simple razón de que era una buena muchacha, y que no tenía forma alguna de abandonar el país".

Las cosas avanzaban rápida y misteriosamente. Cuesta y su novia fueron mudados al Hotel Riviera, el mismo canchero en una oportunidad por hombres de Cuesta.

La mañana del 21 de octubre de 1978, tras más de 12 años de cautiverio en Cuba, Cuesta se preparaba a partir en un avión fletado a la Eastern Airlines, junto con 78 ex prisioneros políticos y sus familiares. Pero cuando descendía las escaleras del hotel, un agente del G-2 le comunicó repentinamente que él y Zaldívar viajarían en un vehículo separado y que encontrarían a sus esposas en el aeropuerto.

Fueron conducidos a una casa de la zona del Country Club, barriada que fuera exclusiva y ahora está poblada por rusos y gente de otras naciones de Europa Oriental. En una enorme casa les dieron tabacos y scotch con hielo.

Esperaron dos horas. De pronto Cuesta oyó que varias personas a su alrededor se ponían de pie.

"El Comandante en Jefe", dijo un ayudante. Era Castro.

Para Cuesta, ésta tiene que haber sido una reunión extremadamente dolorosa y su momento fue evidentemente calculado con cuidado por los cubanos: aquí estaba él, tras largos años de cárcel, aparentemente a sólo minutos de la libertad. ¿Qué sucedería si decía algo indebido a Castro? ¿Sería enviado de nuevo al Combinado del Este? Y si actuaba muy políticamente, ¿podría este encuentro resultarle dañino en Miami?

Cuesta dice que se puso de pie cuando Castro entró, como cuestión de cortesía, algo que le habían enseñado desde niño.

Castro le estrechó la mano. Cuesta permaneció de pie. "Sabía lo vanidoso que es Fidel. Y yo soy más alto que él. No quiere decir mucho, pero se que está lleno de complejos, inclusive las cosas más pequeñas lo mortifican".

Durante 15 ó 20 minutos, Castro habló en voz baja y suave, sobre lo mucho que respetaba a Cuesta como enemigo, pues siempre había estado dispuesto a exponer su vida dirigiendo a sus hombres. Al final, Castro invitó a su ex prisionero a regresar a Cuba, para participar en las "discusiones" sobre las relaciones entre los cubanos de Miami y su patria.

Cuesta afirma que dijo a Castro que quería la libertad de los presos políticos, pero no hizo promesa alguna con relación a regresar para las negociaciones. Zaldívar, que escuchaba desde el sofá, recuerda que Cuesta no respondió "negativa o positivamente".

Tan pronto la conferencia terminó, Cuesta y Zaldívar fueron conducidos rápidamente a los aviones que esperaban.

Miles de personas los vitorearon, a ellos y a otros prisioneros, en el Dade County Auditorium, donde enfrentó a su hija por primera vez en muchos años, aunque no a su hijo, que estaba estacionado en el Pacífico Sur con la Marina estadounidense. La gritería y los empujones de la multitud fueron intensos. Durante años, Cuesta había sido el guerrero solitario en la tierra de sus enemigos. Se había acostumbrado a la ceguera en la soledad de la celda. Ahora era adulado como héroe por una multitud a la que no podía ver. El cambio era inmenso. "Por primera vez en mucho, mucho tiempo, sentí temor". Finalmente, fue sacado por una puerta trasera.

En breve, a medida que comenzó a conversar con amigos de muchos años de la comunidad exiliada, Cuesta rompió con los líderes del diálogo. Quería la libertad de los presos, manifestó, pero no estaba dispuesto a apoyar las declaraciones que los líderes del diálogo estaban haciendo acerca de suprimir el embargo económico, o sobre la reunión de los familiares, o cualquier cosa que pudiera interpretarse como demostración de apoyo al régimen de Castro.

Para Cuesta, como para la mayoría de los líderes del exilio de línea dura, un

"diálogo" entre Castro, cabeza de un gobierno, y ciudadanos privados de Miami, era como "un león conversando con un mono". No habría igualdad.

Cuesta y otros fueron a Washington, a exhortar al gobierno que otorgase sin demora visas a los prisioneros políticos, aunque no tuvieran familiares en Miami, pero rechazó regresar a Cuba.

Y sin embargo, el gobierno cubano siguió cortejándolo. Era evidente que lo consideraban como figura ideal para el diálogo. Dado que era un baldado ciego, no representaba amenaza para Castro y automáticamente contaba con el apoyo de un gran segmento de la comunidad de Miami. Primero se le envió una invitación formal pidiéndole que regresara a La Habana. Luego, en una maniobra notablemente atrevida, un diplomático cubano vino a Miami, a tratar de convencerlo en persona. Cuesta se negó a verlo.

Sin Cuesta, el diálogo fue encabezado por cubanos de Miami que eran acremente rechazados por gran parte de la comunidad. Se llevó a cabo a tropezones y con éxito limitado. Fueron liberados 3,000 prisioneros políticos pero a pesar de las declaraciones de Castro de que todos serían liberados, 300 siguen en la cárcel.

"Eso significa", expresa Cuesta, "que algo sucedió a mitad de las negociaciones".

Un líder del diálogo sostiene que ese "algo" fue el propio Cuesta. Si él hubiese accedido a participar, en calidad de heroico comando anticomunista, el diálogo hubiera contado con mayor apoyo de la comunidad de Miami. Un líder del diálogo, que no quiso que su nombre fuera mencionado porque considera que no es correcto atacar a un ciego, declaró: "Aún hay 300, 400 hombres en prisión debido a lo que él hizo. Estimo muy firmemente — y puede escribir 'muy firmemente' — que él fue una total desilusión".

Sin embargo, Cuesta cree que los que aún están presos prefieren seguir en la cárcel antes que ver a un ex preso haciendo declaraciones en favor del régimen de Castro. En una oportunidad, censuró a los miles de cubanos de Miami que viajaban a Cuba a visitar a sus familiares, llamándolos traidores. "Esto no quiere decir que vayamos a matar a nadie. Pero quiere decir que vamos a asegurarnos de que la vida aquí se les haga imposible".

Fue una amenaza burda, típica de la rimbombancia del exilio. Hizo estremecerse a algunos observadores. Pero no hay pruebas de que la haya llevado a vías de hecho.

Cuesta estaba desapareciendo de las páginas de los periódicos. Fue a Houston a someterse a una operación en un ojo, que representaba "una posibilidad en un millón"; la cual fracasó. También fracasó su matrimonio con Carmen: Había sido algo más que un matrimonio de conveniencia, dice, para convertirse "supongo que en un asunto amoroso". Pero agrega que no se sostuvo bajo la presión de todas las exigencias públicas que le hacía Miami. "Aunque cada vez que necesito ayuda, ella siempre viene".

Cuesta pasaba la mayor parte de su tiempo en un pequeño almacén de Hialeah, dirigiendo a los trabajadores en la construcción de las embarcaciones de pesca submarina con que soñó durante todos aquellos años en prisión. Primero hubo un modelo y después, una versión a tamaño natural. Todos los años de construir embarcaciones comando, de reforzar los cascos de fibra de cristal, de tratar de encontrar el diseño perfecto, se concentraban ahora en fabricar lo más moderno en embarcaciones de placer, con puertas a un lado que se pudiesen abrir de par en par, a fin de que el piloto pueda entrar y salir fácilmente sin necesidad de encaramarse en los altos costados de la embarcación. Esta tiene espacios para colocar tanques de aire, un cajón de hielo para pescados y cervezas, y claraboyas en el casco, para observación submarina. A veces lo ayudaba su compañero Zaldívar, quien había ido a trabajar a una imprenta en Hialeah.

"El Cadillac de las embarcaciones", expresó Cuesta.

"Tengo sólo dos intereses: Cuba y las embarcaciones. Cuba viene primero".

En abril de 1980, puso a un lado su trabajo en las embarcaciones cuando Napoleón Vilaboa, uno de los líderes del diálogo, anunció que el puerto cubano del Mariel había sido abierto para cualquiera que quisiera ir a buscar a sus familiares en Cuba.

Cuesta asegura que se quejó al Departamento de Estado y a la Oficina Federal de Investigaciones (FBI), manifestándole que dicha flotilla violaba las leyes de inmigración, pero cuando Vilaboa regresó con la primera embarcación llena de personas a Cayo Hueso y no fue arrestado, Cuesta decidió pasar a la acción. Le preocupaba que los cubanos de Miami "simpatizaran lógicamente con quienes los ayudaban a sacar de Cuba a sus familiares", lo que quería decir aumentar la popularidad de los líderes del diálogo.

Para parar aquello, dijo, fue a la estación de radio WQBA y anunció que iba a organizar su propia flotilla. Si los escuchas querían que sus familiares fueran recogidos en el Mariel, debían de ir a su almacén a dar sus nombres. Rápidamente Cuesta tuvo varias bolsas repletas de listas — algunas nitidamente escritas a máquina, otras garabateadas en una servilleta — 250 libras en total.

El propio Cuesta afirma que se enteró por un líder del diálogo de que él, Cuesta, no iba a ser bien recibido en Cuba, pero eso no lo detuvo. Cree que muchos de los miles de miamenses que fueron al Mariel decidieron hacerlo porque "si Tony va, no hay peligro".

En Cayo Hueso, alquiló un camarero de 65 pies, gasto cubierto en parte por un amigo y en parte por la emisora de habla hispana WOCN, que envió a un reportero.

La recepción en el Mariel fue bastante menos que entusiasta. Muchos otros barcos pasaron días en la bahía, en espera de pasajeros, pero por lo menos, las autoridades cubanas tomaban nota de su ubicación y aceptaban sus listas de familiares. Pero ignoraron a Cuesta.

Pero como Cuesta es el tipo de persona que no gusta de la ociosidad, anunció su ubicación por la radio de la embarcación e inclusive fue a otra nave a pronunciar un discurso a otros ex prisioneros políticos. Finalmente, las autoridades ordenaron que su embarcación fuera a un lugar apartado de la bahía.

Cuesta no estaba dispuesto a renunciar. Inclusive nadando, se movía de una embarcación a otra. "¡Tony!", le gritaban de la otra embarcación. "¡Un poquito hacia la izquierda!... ¡Un poquito hacia la derecha!". El ciego nadaba en las aguas de sus enemigos.

Finalmente, una noche, alrededor de las 2 A.M., el general Leyva y algunos coroneles se acercaron a su embarcación en una lancha patrullera.

Sus "viejos amigos" de la "Casa de Inmigración" del G-2 aceptaron sus sacos de correspondencia y lo llevaron a una oficina de la vieja planta de cemento. Cuesta dice que denunció a los líderes del diálogo como personas sin seguidores en Miami. Sugirió que de 30 a 40 de los presos políticos que aún se encontraban en la cárcel le fueran entregados. El general no hizo comentarios.

Dos días después, Cuesta fue visitado por el reverendo José Reyes, entonces líder del diálogo. En la atestada cabina de la embarcación, narra Cuesta, el ministro le dijo: "Todo lo que tú quieras el gobierno lo va a tomar en cuenta. Darte algunos prisioneros políticos y algunas facilidades. Pero tienes que firmar un comunicado conjunto conmigo".

Cuesta, sabiendo que ese documento podría implicar su apoyo al diálogo, lo rechazó. "Estoy completamente seguro de que mis compañeros presos políticos, aún en prisión, no quieren que yo firme esta cosa contigo".

Cuesta está convencido de que esta confrontación fue el último resuelto del diálogo, y que cuando terminó la reunión en fracaso, Castro decidió llenar las embarcaciones del Mariel con los indeseables sociales.

"Al día siguiente fue cuando comenzaron a aparecer las primeras gentes extrañas. Individuos que parecían locos. Delincuentes. Personas que conocíamos de prisión, porque pasamos años en prisión — los reconocimos... todos tenían el mismo corte de pelo — lo que quería decir que venían de las cárceles, o de los manicómios".

Anteriormente, añade, se había obligado a algunos extraños a subir a los botes, pero éstos no parecían demasiado fuera de lugar. Tras su conversación con el reverendo Reyes, si fue así.

"¿Es esto posible? Realmente Cuesta cree que de haber firmado el comunicado conjunto, Castro no hubiera enviado criminales a Miami? "Sí", dijo, "esa es mi opinión".

Es una terrible autoacusación y aunque es comprensible desde su punto de vista, numerosas pruebas la contradicen. Por supuesto, Cuesta personalmente no pudo ver a las personas entrando en las embarcaciones, tenía que confiar en los informes de otros y su propia embarcación estaba muy lejos de los embarcaderos. Según los informes noticiosos, el alcalde de Miami, Maurice Ferré, había manifestado días antes de la reunión de Cuesta con el reverendo que algunos de los nuevos refugiados tenían "pasado criminal".

El 2 de mayo, días antes del encuentro, un reportero de El Herald entrevistó a un refugiado en Cayo Hueso, quien dijo: "Están recogiendo a todos los que han estado en cárcel y les dicen que tienen que irse del país o regresan a la prisión por cuatro años". Pero un fotógrafo de El Herald que trabajaba en Cayo Hueso afirma que los personajes realmente patibularios no comenzaron a arribar a Cayo Hueso hasta alrededor de mayo 8, después de la reunión.

El reverendo Reyes confirma la reunión con Cuesta, aunque asegura que el ex comando prometió firmar un comunicado, diciendo que el diálogo era "útil", una vez que regresase a Miami. Sostiene que Cuesta no cumplió esa promesa. Pero el reverendo, que en aquellos tiempos trabajaba estrechamente ligado con las autoridades cubanas, afirma que el envío de delincuentes en las embarcaciones no tuvo nada que ver con Cuesta. "No creo que eso sea cierto. Probablemente ellos [el gobierno cubano] dijeran algo así, pero... Castro había tomado una decisión sobre lo que iba a hacer en el Mariel antes de que Tony Cuesta fuese a Cuba".

Y de esta forma, nos encontramos con la insólita situación de que Cuesta insiste en algo que no lo haría popular en Miami, mientras uno de sus acerbos opositores lo contradice.

Sea cual fuere la razón, Cuesta pasó días desconocido por las autoridades. Hasta que comprendió que el gobierno cubano iba a dejar su embarcación para el final y llenarla con los delincuentes más empedernidos.

Finalmente, convenció al capitán de la embarcación de caso omiso los avisos de las lanchas patrulleras, como él mismo había hecho años antes, y partir a toda velocidad de la bahía, mientras los guardias le gritaban por los altoparlantes. La embarcación de 65 pies regresó a Cayo Hueso sin refugiados.

En septiembre, después de una semana en casa de un amigo, Cuesta alquiló un dúplex en West Dade. Varios trabajadores instalaron nuevos cerrojos y una alarma en la puerta. Se construyó una cerca y una verja de hierro forjado en el frente del pequeño portal.

Cuesta recibe unos \$600 mensuales de programas gubernamentales, debido a su invalidez. Esa es su única entrada. Ha resistido, dice, los planes de aprovechar su reputación para enriquecerse. "Quiero mantener una imagen bien, bien limpia, porque, recuerden, tenemos muchos amigos que han muerto, y en nuestro grupo, trabajaban para comprar armas y nunca les pagaron".

Sigue siendo defensor del puente marítimo y cree que en última instancia, lastimó a Castro mucho más de lo que pudiera ayudarlo. "Se que hubo muchos indeseables pero puedo darle nombres de médicos y otros. En mi propia familia, dos miembros de la Academia de Ciencias de Cuba llegaron [por el Mariel]. Y casi 4,000 ex presos políticos". Calcula que de los 125,000 refugiados del Mariel, quizás sólo unos 5,000 eran delincuentes. Casi todos los demás se están ajustando ya a la vida norteamericana. "Opino que si el gobierno norteamericano hubiese seguido recibiendo a esta gente, no habría ya un Fidel Castro. Porque durante casi un mes, toda la actividad económica cubana se detuvo... En vez de cerrar el Mariel, si el gobierno estadounidense hubiese enviado allí grandes naves de transporte, para llevarse a todos los que quisieran irse... en menos de un año, todos serían enviados de regreso a Cuba y no más ya a una Cuba comunista".

Recientemente, Cuesta ha pensado en reorganizar sus antiguos Comandos L, que trataría de unir bajo su jefatura todos los diferentes grupos de exiliados. "No estoy seguro, pero puede que este sea el momento", manifestó en relación con el movimiento.

Pero, a juicio de Cuesta, si resucita al grupo no sería porque deseara ser líder de la nueva Cuba. "Jamás hemos considerado que un individuo del exilio pueda ser ese jefe. Hay que estar allí. Y es necesario que consideremos que hay muchos generales ahora, y coroneles, con infinidad de tanques y armas, y gente que los sigue. Son futuros líderes en potencia. Hay que demostrarles confianza, si se quiere trabajar sin ideas egoístas. La única idea que cabe es la de liberar a Cuba". El problema con la mayor parte de los líderes exiliados, añade, es que cada uno de ellos se considera futuro presidente de Cuba.

¿Significa esto que Cuesta puede imaginarse a sí mismo apoyando a un general cubano, que quizás es en la actualidad un miembro del Partido Comunista de Cuba? Sí, responde Cuesta. "Pero tiene que tratarse de un hombre con las manos limpias de sangre, sin crímenes cometidos. Existen unos cuantos en esa situación".

Cuesta se ha vuelto últimamente más crítico de otros grupos del exilio, al hablar en los programas de comentarios de las radioemisoras de habla hispana. De la Junta Patriótica, coalición de varios grupos exiliados, ha dicho: "No es una organización, sino un conjunto de organizaciones; cada una posee su propia forma de recaudar dinero, su propia publicidad, su propia estrategia militar". El resultado, a su juicio, es "un caos". Del líder de la Junta, el antiguo político cubano Manuel Antonio Varona, ha dicho: "Todo el mundo puede ser útil. Podemos utilizar a los hombres de más edad para hablar con sus contemporáneos en otros países".

De Alpha 66, el grupo militante que recientemente ha reclamado infiltración de hombres en Cuba: "Si uno envía a alguien a Cuba y otra persona le pregunta, uno lo niega. Pero si usted envía a alguien y usted lo publica, no le deja ninguna posibilidad a los que han sido enviados. En mi opinión, ansían tanto hacer algo que cuando no lo logran, lo sueñan. No considero que estén actuando en la forma más favorecedora para nuestra causa. Pero también debo decir que se debe criticar más a aquellos que no hacen nada".

En relación con el grupo que quiso lanzar una "invasión pacífica" de la base naval norteamericana en Guantánamo, Cuesta comentó: "Cosas como ésta arruinan las posibilidades de hacer algo en serio y hacen que el exilio cubano pierda prestigio ante los ojos del gobierno norteamericano o de cualquier otro gobierno".

Sobre Omega 7, que se ha hecho responsable de numerosos atentados y sabotajes en Estados Unidos, expresó: "No considero que sea una medida inteligente para nosotros el colocar bombas en este país, porque imaginense que una de esas bombas matase a una niña inocente. Eso nos iba a traer infinidad de problemas con la opinión pública norteamericana". Añadió sin embargo que considera a los terroristas como patriotas, aunque mal orientados.

Y de Huber Matos, otrora su compañero en la prisión política y hoy líder de su propio movimiento, Cuesta ha dicho que aunque estuvieron juntos en prisión, Matos le confesó que era un "revolucionario socialdemócrata", lo que Cuesta describe escuetamente diciendo: "En cierto sentido, ese es el sentido del marxismo". Cuesta considera que Cuba necesita un regreso a la libre empresa, con "empresarios progresistas que trabajen por su propio beneficio y por el beneficio de su nación".

Cuesta estima actualmente que las fuerzas anticomunistas "no deberían de mirar más hacia el Norte. Deberían de mirar hacia el Sur". En lugar de esperar

por la "luz verde" de Washington, como los cubanos exiliados han estado haciendo desde Bahía de Cochinos, deberían de volverse hacia otro país latinoamericano en busca de apoyo. "Tal vez hace cinco años no podía ser posible. Pero ahora están Colombia, Venezuela, Guatemala — muchos países que actualmente saben que están amenazados por Castro".

El prevé que esos gobiernos le han de dar amplio apoyo y dice que un país de Centroamérica le ha ofrecido un lugar donde situar las bases de entrenamiento. En otras palabras, los países hispanos podrían ofrecer a los grupos anticomunistas el mismo apoyo que Castro está dando a las guerrillas izquierdistas en Hispanoamérica. "Y también quiere decir", agregó, "que no sería una confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética".

Cuesta permanece firme en su esperanza. Tras 20 años de "la lucha", sigue pensando en que puede lograrse el derrocamiento de Castro. La mayor parte de las encuestas arrojan en la actualidad que por lo menos un 80 por ciento de los cubanos de Miami permanecerían aquí, fuera cual fuese el gobierno imperante en Cuba, y que aparentemente han abandonado la lucha, en favor de las posibilidades de poseer una casa más grande o un auto más nuevo.

Pero Cuesta considera que la comunidad de Miami todavía puede ser arengada. "Lo que los cubanos realmente necesitan es un verdadero líder. Yo todavía creo que el patriotismo está latente aquí", comentó golpeando su corazón.

"Pero han pasado tantos años de fracasos. El desastre de Bahía de Cochinos tiene gran parte de responsabilidad en la falta de confianza que el cubano tiene en el futuro. Pero cada vez que alguien muestra la posibilidad de hacer algo serio contra Castro, la gente vuelve a unirse", agregó.

El atentado al guardaespaldas de Cuesta sigue sin resolverse y Cuesta está disgustado con la policía de Hialeah, porque no se ha mostrado muy activa, dice. Ni siquiera intentó tomar huellas digitales en la puerta y el picaporte, ni se esforzó por encontrar las balas tras la pared. Después que los investigadores se retiraron, Cuesta dijo que notó que otra arma había desaparecido de su apartamento. Llamó a la policía de Hialeah y ellos dijeron que no la tenían. Cuesta dice no imaginarse quién otro pudiera haberla tomado. Cuando su amigo Tony Bryant sufrió un robo en su casa, el mismo día del tiroteo, Cuesta llamó a la policía de Miami, esperando en que pudiera coordinar la investigación con la de Hialeah. Nada surgió a raíz de ello.

El detective de Hialeah Gil Mugarra dijo que no tomó huellas digitales de la puerta porque "no pueden ser utilizadas en nada. Es un pasillo público — cualquiera pudo haberlo tocado". El detective asegura que recibió "muy poca cooperación de parte de Cuesta o de su guardaespaldas". Dijo que había una "mirilla de ángulo muy ancho en la puerta, de manera que ellos hubieran visto a cualquiera al que le hubiesen abierto". Los detectives también concluyeron que hubo un conflicto del que Cuesta no ha querido hablar: "Parece que ellos quieren resolver el asunto por cuenta propia". Añadió que ni siquiera podría decir si el atentado fue contra Bello o contra Cuesta.

Cuesta, no pierde el tiempo extendiéndose sobre el tema del tiroteo. Esa no es su costumbre.

Su transición a la política no ha sido simple. En los sesentas era considerado un hombre de acción que raras veces pronunciaba discursos. Otros grupos de exiliados eran a veces sorprendidos haciendo afirmaciones falsas (Alpha 66 fue descubierta una vez exhibiendo una bandera rusa, que aseguraba había sido tomada en Cuba, aunque la bandera tenía los colores equivocados). Los anuncios de Cuesta daban siempre en el blanco. Pero últimamente, al surgir como fuerza política, Cuesta ha estado haciendo declaraciones que no se respaldan en hechos, acerca de una fuerza clandestina existente en Cuba llamada el Movimiento Internacional de Liberación y prometiéndole una reveladora rueda de prensa con soldados que han desertado del ejército castrista.

Pero no ha sido entregada ninguna información específica sobre el Movimiento y la prometida rueda de prensa no se ha efectuado aún, semanas después de ser programada. Incluso algunos amigos de Cuesta se sienten preocupados pensando en que éste podría estar cayendo en la mentalidad exiliada de las fanfarronadas vanas.

No puede decirse lo mismo de su otra pasión, la embarcación. Ha estado últimamente trabajando de nuevo en su barco. Lo conoce de memoria y puede mostrar todos sus aspectos con las manos a cualquier visitante.

La embarcación tiene un motor Ford de 351 pulgadas cúbicas. Con seis personas dentro, podría hacer 52 nudos. ¿Para qué quiere un pescador submarino una embarcación como esa?

No la usaría. Pero Cuesta tiene otro sueño: "Pudiera ser una gran embarcación comando. Y pudiera viajar muy pegada al agua, para que el radar no pudiera interceptarla. Pero no creo que sea el momento de hacer ataques. Eso es algo que aprendí de los norteamericanos oportunistas. Yo — ¿cómo se dice? — maduré durante mis años en prisión. Ahora veo que hay que esperar la oportunidad. No es que haya perdido mi apetito por la guerra. ¿Quién sabe? Sigo pensando en ir personalmente en un ataque. Imagínese lo que la gente pensaría — si Tony Cuesta personalmente va en el ataque, ¿por qué no cualquiera?".